

Capítulo 1

*Marzo de 1067. Pueblo de Cottwyk,
en Cambridgeshire, Inglaterra*

—**N**o tiene aspecto de prostíbulo. —Luke de Périgueux tiró de las riendas y detuvo la montura junto a la de su hermano en un extremo del claro. Le costaba distinguir la humilde casita entre la oscura espesura que la rodeaba. De noche, los bosques ingleses eran negros como boca de lobo.

—Al menos es un lugar donde refugiarnos —dijo Alexandre con un bostezo—. Pronto lloverá y, cuando empiece, prefiero estar ahí dentro que aquí fuera.

Un escalofrío estremeció a Luke. Se frotó los brazos bajo la capa.

Alex hizo una mueca y le dio un puñetazo en el hombro.

—Así que mi temible hermano mayor también siente frío como cualquier mortal.

Luke hizo un gesto de asentimiento, aunque no era el húmedo aire de la noche lo que le hacía tiritar. Más bien se trataba de aquella maldita flaqueza que le invadía cuerpo y alma, una flaqueza que le daba demasiada vergüenza revelar, incluso a Alex. Involuntariamente, cerró los puños y apretó los dientes. «Aguanta el tipo», se ordenó a sí mismo. «Se te pasará. Siempre sucede igual.» Un buen e impetuoso revolcón le sentaría bien. Sacudió las riendas para aproximarse a la casucha.

Alex le siguió, mientras inspeccionaba con expresión escéptica la tosca choza de mimbre y barro. Una luz amarillenta se filtraba a través de las pieles clavadas sobre las ventanas, y el humo del fuego de

leña llenaba de fragancia el aire, pero no se oía ni un solo sonido del interior de la vivienda.

—Tal vez nos hayamos equivocado de lugar —dijo Alex.

—No, tiene que ser aquí. —Un compañero de Luke, balletero como él, le había hablado de este lugar: «Sólo hay esa fulana, y no es nada del otro mundo, pero se abrirá de piernas a cualquiera con un par de monedas y una verga dura, aunque sea una verga normanda. La mayoría de estas furcias sajonas salen corriendo cuando nos ven venir.»

No era de extrañar. Todos los habitantes de esta miserable isla anegada por la lluvia temían y despreciaban a los conquistadores normandos, ¿cómo iba a ser de otro modo? Habían pasado cinco meses desde que Luke y Alex atravesaron el Canal para acudir en ayuda de Guillermo, duque de Normandía, y ahora rey de Inglaterra, para conquistar este país olvidado de la mano de Dios en una sola batalla sangrienta. Hastings tendría que haber sido el final de la campaña, y lo hubiera sido si los bárbaros ingleses abandonaran de una vez aquellos levantamientos sin sentido y aceptaran el dominio normando. Durante todo el invierno, el ejército de Guillermo, que incluía muchos caballeros sin tierra como Luke y Alex, hambrientos de propiedades inglesas, habían confiscado fincas y sometido a la población autóctona con un afán despiadado, calculado para aplastar cualquier tendencia rebelde. No obstante, el pueblo inglés continuaba desafiándoles, aferrándose con patética tenacidad a tierras perdidas definitivamente desde el catorce de octubre de 1066.

La piel de ciervo que cubría la entrada se apartó a un lado y surgió una figura, la figura de una mujer que llevaba un farol. Era rolliza, sus senos y caderas tensaban la lana de la vulgar bata marrón que llevaba, y su cabello era una maraña de rizos rojizos. Con el farol sostenido en lo alto, valoró a los dos desconocidos montados a caballo con mirada experta de prostituta.

Alex se rió entre dientes.

—Parece que, después de todo, no íbamos tan mal encaminados.

—¿Hablas algo de francés? —le preguntó Luke mientras sufría nuevos temblores. «Aguanta... se te pasará.»

—Bastante —respondió con acento gutural—. Mi marido, Dios lo guarde en paz, procedía de Beauvais.

«Un golpe de suerte.» La mayoría de estos sajones no entendía una sola palabra del idioma de sus nuevos gobernantes. Luke había aprendido un poco de inglés, tenía facilidad para los idiomas, pero aquella noche no le venía en gana hacer esfuerzos.

La mujer sonrió con recato.

—De todos modos, me imagino que no habréis venido a hablar.
—Sus fofas mejillas estaban picadas de viruela y tenía los dientes torcidos, pero eso no le importaba demasiado a Luke en aquellos momentos.

El rey Guillermo había decretado regulaciones que prohibían a sus caballeros y hombres de armas abusar de las mujeres o frecuentar burdeles. A diferencia de algunos de sus colegas, Luke no tenía problemas a la hora de obedecer el mandato contra la violación. Abusar de seres inocentes encerraba poco atractivo para él; ya era suficientemente brutal en el campo de batalla. Por desgracia, la única alternativa práctica que quedaba era la de recurrir a cualquier prostíbulo local que atendiera a los normandos, y no sentía ningún remordimiento por hacerlo.

—Me llamo Helig —dijo la mujer pelirroja. Luke no recordaba haber preguntado. *Helig*, por el amor de Dios. ¿Por qué diantres estos sajones ponían a sus mujeres nombres tan grotescos?

—Serán seis peniques por los dos juntos —dijo Helig—. Dos peniques cada uno si me queréis por separado. Si vais a preferir algo fuera de lo normal, os costará más dinero.

—Dos peniques cada uno, entonces —dijo Luke. Tal vez Alex no la quisiera para nada, dadas sus exigencias en cuanto a las mujeres con las que fornicaba. Guapo y simpático, el joven espadachín era notablemente hábil a la hora de engatusar a las furcias para que se sacaran las enaguas. Luke, por otro lado, carecía de la naturaleza donosa de su hermano, y su feroz reputación inquietaba a las mujeres. No recordaba la última vez en que una mujer se entregó a él gratuitamente.

Helig les guió a un establo situado en la parte de atrás, donde guardaron los caballos, y desde allí les condujo a la vivienda propiamente dicha. Luke se agachó junto al fuego que ardía en un hueco abierto en el suelo de tierra, para calentar sus nerviosas manos, mientras su hermano procedía a la labor inútil de coquetear con aquella ordinaria puta sajona.

—Tu pelo parece cobre nuevo —le dijo Alex.

Ella soltó un bufido.

—No parece que tengáis prisa por poner os manos a la obra. ¿Os apetece entonces una pinta?

—Sí, y otra para mi hermano.

—Ah, había adivinado que vos y él erais familia. —Helig llenó dos

jarras con un cántaro que contenía cerveza—. Claro que nunca había visto un pelo tan negro en un normando como el que tenéis los dos.

—Es porque somos de Aquitania. La gente es más morena en el sur. —Alex se desprendió de su capa y la arrojó sobre uno de los dos bancos toscamente labrados situados a los lados de la mesa. Luke se ciñó la suya aún más, con la esperanza de que su hermano no se percatara de sus temblores. Se sentía como una ballesta montada, vibrante y lista para disparar. La mandíbula le dolía de tanto apretarla.

Helig dejó una de las jarras sobre la mesa con un batacazo que hizo que Luke se incorporara de golpe. «Tranquilo.» Mientras ella se estiraba sobre la mesa para dejar las otras dos jarras enfrente, Alex se colocó tras la mujer y le levantó la falda. Tenía piernas rollizas y un generoso trasero blanco que él acarició sin reservas.

Sonrió a Alex con afectación por encima del hombro mientras él se apretaba contra ella.

—Parece que al fin y al cabo sí tenéis un poco de prisa.

—Tus encantos me embriagan.

—En el altillo hay paja y mantas. —Ladeó la cabeza hacia la escala que llevaba hasta un hueco entre el establo y las vigas del techo—. Estaremos más cómodos ahí arriba.

Tras bajarle la falda, Alex cogió una jarra y bebió.

—Para decir verdad, estoy más cansado que caliente. Hemos estado luchando desde ayer por la mañana, sin dormir. Hasta el amanecer no cesó la batalla.

—Lo sé. —Por supuesto. Tenía que haberse enterado por sus paisanos del fragor de la batalla cerca del castillo de Cottwyk. Su expresión se ensombreció sólo por un instante. Haciendo un ademán en dirección a Luke, dijo—: Y vos, ¿qué? ¿Estáis también demasiado agotado para ocuparos de lo que habéis venido a buscar?

—No. —Ansiaba dormir tanto como Alex, pero aún era más apremiante la necesidad de liberar parte de la energía salvaje que pulsaba en sus venas.

Alex dejó su jarra medio vacía, cogió la capa y se tumbó en el suelo junto al hoyo del fuego, echándose el manto de lana por encima como si fuera una manta.

—Despiértame cuando hayas acabado —le dijo a Luke— y me toque a mí. —Se movió para acomodarse en la tierra apretada con un gran bostezo y cerró los ojos. En cuestión de momentos, su respiración se volvió más regular y una de sus manos se abrió con flacidez. Conociendo a su hermano, Luke tenía motivos para dudar de que

fuera capaz de despertarle para su turno con Helig, pero luego sospechó que Alex estaba mucho menos interesado en la furcia de lo que había revelado. Le había levantado la falda de aquella manera para mostrar un poco de interés amable. Si de verdad la hubiera deseado, la habría tomado allí al instante. Alex no era tímido.

—Un tipo simpático, vuestro hermano —dijo Helig.

Luke soltó un gruñido afirmativo y aceptó la jarra que ella le ofrecía, que vació de un trago. No estaba tan mal. Algo que sí sabían hacer estos sajones era cerveza.

—Teníais sed. —La fulana le cogió la jarra vacía y levantó la mano para desabrocharle el prendedor de la capa. Se acercó el broche a la cara y sus ojos se abrieron llenos de admiración al examinar el pequeño dragón de ónice incrustado en el prendedor dorado. Al alzar la vista, dijo:

—Sois él.

Luke le cogió el broche y volvió a ajustarlo con torpeza en la capa. Había sido un regalo de despedida de su padre cuando partieron para unirse a Guillermo. A Alex también le regaló uno, con un detalle de diminutas perlas que formaban una cabeza de lobo, aunque lo había perdido. Luke guardaba como un tesoro su alfiler y siempre se preocupaba de no perderlo, especialmente después de recibir la noticia de la muerte de su progenitor por Navidad. Ambos alfileres llevaban la misma inscripción esperanzada en el reverso: *Ten buen ánimo y cobra aliento*.

—Sois él, ¿cierto? —dijo Helig—. Sois el Dragón Negro.

—Soy Luke de Périgueux.

La mirada de Helig se entretuvo en el cabello de él, que lo llevaba largo y recogido atrás, al estilo de su padre, en vez de corto al estilo normando. Era el rasgo que lo distinguía del resto de los soldados invasores, incluido su hermano.

—Sí, sois él, —dijo asintiendo—, sois ese personaje del que hablan tanto.

Luke sabía lo que se contaba de él, las palabras que empleaban para describirle: sanguinario, cruel, brutal. Ahora ella mostraría cautela, tal vez incluso le rechazara, con dos peniques o sin ellos. Esperó a que la fascinación en los ojos de la furcia se tornara en reparo.

Pero no fue así. En todo caso, pareció más cautivada por él entonces que sabía quién era. Sus ojos se iluminaron con un interés que él sabía no podía ser fingido. Algunas mujeres sentían debilidad por los monstruos disfrazados de hombres, y Luke sospechaba que esta

Helig era una de ellas. Mientras le retiraba la capa de los hombros y la colgaba de un gancho, Luke volvió a evaluar su atractivo como compañera de lecho. Si la mujer ponía el corazón, como parecía probable, podría proporcionarle un fogoso revolcón. Dios sabía lo bien que le sentaría.

Helig se le acercó con un contoneo de caderas y mirada de franco deseo. Había algo de vulgar seducción en ella, una sexualidad nada depurada que le provocó un estremecimiento en la entrepierna. Luke la apoyó en la mesa y afianzó sus propias caderas contra las de la mujer mientras le recogía los faldones con manos temblorosas. La excitación se fundió con el deseo de sangre que aún bullía en él, hasta el punto de arrebatarle la razón o el autocontrol. Necesitaba a esta mujer, esta liberación, e iba a tomar lo que necesitaba en ese mismo instante.

Se soltó el cinturón y dijo:

—Vamos a sacarte primero esas cosas —Luke se sacó de un tirón la pesada túnica que le llegaba hasta las pantorrillas y la arrojó sobre el banco, quedándose en camisa y calzones. Helig le desabrochó la camisa, dejando al descubierto su pecho, y peinó con sus dedos los oscuros rizos del torso.

—¿Qué tenemos aquí? —tiró del primero de dos cordeles de cuero que rodeaban el cuello de él y pasó el pulgar sobre la cruz de madera toscamente tallada—. Os doy mi palabra de que estáis lleno de sorpresas, ¿verdad?

Él le levantó la falda con un brusco movimiento y subió sobre la mesa a la mujer que entretanto le soltaba el segundo cordel.

—¿Y esto otro qué es?

Recorrió con su dedo un pequeño saquito de cuero, haciendo crepitar las hierbas secas que había en su interior.

—¿Milenrama?

Una suposición razonable. Muchos de los caballeros compañeros de Luke llevaban una bolsita con aquella hierba medicinal para todo uso.

—Sí —mintió él mientras se metía la mano debajo de la camisa y buscaba a tientas el cordón de los calzones. Su locura se había convertido en un impulso carnal, impetuoso y urgente.

Ella se llevó la bolsita a la nariz y la olisqueó, luego frunció el ceño.

—Esto no es milenrama. ¿Qué hay aquí? ¿Calamento?

Luke dejó de desatar los calzones de lana.

—Reconozco el olor —dijo—. Mi hermano, Ham, lo usa. Tal vez

le conozcáis. Vos estáis bajo el mando de lord Alberic, ¿no es así? Ham es el verdugo en Foxhyrst.

Luke y Alex estaban acuartelados en el castillo de Foxhyrst, bajo el mando bastante inepto de lord Alberic, uno de los perros falderos más ambiciosos del rey Guillermo. La devoción de Alberic por su señor feudal, combinada con cierta dosis de astuta manipulación, le habían ganado recientemente el codiciado título de alguacil. La mayoría de soldados que estaban a su servicio desde la batalla de Hastings, incluidos Luke y su hermano, continuaban con él como hombres de armas encargados de sofocar cualquier rebelión. Como bien recordaba Luke, el verdugo de Alberic venía más o menos incluido con el castillo de Foxhyrst; Ham era un sajón calvo, mal afeitado, que ponía fiero entusiasmo en su trabajo y se preocupaba poco de que sus compatriotas lo calificaran de Judas.

—Ham dice que su estómago no le permite torturar y matar paisanos a menos que masque primero un poco de calamento —explicó Helig—. ¿Es eso, no? ¿Calamento?

«Entre otras cosas.» Luke le quitó la bolsa y volvió a metérsela debajo de la camisa.

—Ham dice que le pone medio loco. Le vuelve perverso como el propio Diablo, de modo que no le preocupa otra cosa que matar. Necesita un día o más para que se le pase. —Se le quedó mirando sabiendo de lo que hablaba—. Lo mascáis antes de ir a la batalla, ¿cierto? Eso es lo que os vuelve tan feroz...

Luke le tapó la boca con una mano y le sujetó la nuca con la otra, con fuerza. Acercando su rostro, miró fijamente sus grandes ojos verdes.

—Hablas demasiado —dijo con calma—. No quiero hablar contigo. Sólo quiero follarte.

Ella asintió con la cabeza. Luke apartó las manos y ella se lamió los labios con nerviosismo.

—Vamos arriba al...

Volvió a taponarle la boca con la mano. Temblaba.

—Aquí está bien. —Con la otra mano, le separó los robustos muslos y se colocó entre ambos.

La mujer miró por encima del hombro de Luke a Alex, inconsciente sobre el suelo.

—Mi hermano es capaz de dormir en medio de una tormenta. Volvió a sacudir el cordón de sus calzones, pero sus manos entumecidas parecían inadecuadas para la tarea de liberarse de la prenda.

Luke sintió una ráfaga de aire frío en la espalda. Helig contuvo el aliento y le apartó de un empujón con la mirada fija en algo situado a espaldas de él. Luke se volvió y vio a un hombre de pie en el umbral de la puerta, que sostenía a un lado la piel de ciervo.

El intruso era grande e inconfundiblemente sajón, con pelo rojo largo y una barba descuidada. Tenía la piel tan pálida como el pergamino y unas oscuras ojeras marcaban sus ojos. Incluso desde el otro lado de la habitación, Luke podía olerle. Olía a enfermedad y a cerveza agria.

El sajón refunfuñó algo a Helig mientras señalaba a Luke y al dormido Alex, con expresión de indignación. Por lo que Luke entendía de la lengua local, la fulana estaba siendo regañada por ir con normandos.

Luke dio un paso en dirección al hombre, la vibrante cuerda de arco en su interior zumbaba a causa de la furia asesina. Sus puños temblaban con la necesidad irracional de castigar a aquella criatura, partirle la cara, dejarle sin vida a base de puñetazos.

Bajándose de la mesa, Helig cogió a Luke por el brazo y dijo algo al otro hombre en tono apaciguador. El sajón ladró algo como respuesta, luego metió la mano bajo su deteriorada capa y sacó dos peniques. Los apretó contra la mano de Helig y a continuación procedió a tirar de ella hacia la escalera que llevaba al altillo.

Luke cogió al malnacido sajón, le dio media vuelta y luego retrocedió con el puño preparado.

Helig arrojó sus dos manos sobre la muñeca de Luke.

—¡Por favor, no!

Podría haberse librado de su agarrón con facilidad, pero una vocella aún cuerda añadió un susurro inquietador a la cacofonía que resonaba en el interior de su cabeza: «Son las hierbas... conténte... aguanta».

—Por favor —la furcia suplicó con voz trémula—. No quiero problemas aquí. Este tipo está un poco chiflado. No sabe lo que hace, de verdad.

«Entonces ya somos dos —pensó Luke—, dos locos peleándonos por una puta apestosa.»

—Es un cliente habitual—continuó Helig—. Sólo quiere lo que ha venido a buscar, luego se irá. Permitidme ocuparme primero de él y luego os lo haré gratis. Podéis tenerme toda la noche. Haré lo que queráis.

Luke sacudió la mano para soltarse. Podría matar a este hombre,

en el estado en que se encontraba. Cristo, casi lo había hecho. «Déjalo... aguanta.»

Con un profundo suspiro, Luke asió con brusquedad su capa, colgada del gancho, y se cubrió con ella.

—Despiértame cuando se haya marchado.

Por la manera inestable en que el sajón trepó por la crujiente escalera, Luke dedujo que el hombre estaba borracho. Tendría que esperar mucho antes de que le llegara el turno.

Sabía que nunca conseguiría conciliar el sueño con la locura de la batalla aún en él. Inspeccionó la casa en busca de algo más fuerte que cerveza, algo que le calmara los nervios, y fue a dar con un jarro de brandy. Tras llenarse la mitad de su pichel, se lo bebió con un trago largo y abrasador, luego se reclinó junto al fuego, al otro lado de donde se encontraba su hermano, y se quedó con la mirada fija en las llamas. Bailaban y oscilaban como un campo de trigo bajo una brisa ondulante; un campo dorado, encendido por un sol poniente.

La imagen le trajo a la mente la abadía de Aurillac, donde había pasado una juventud sin problemas, saltándose las lecciones para escaparse a los campos de trigo, a los viñedos y pastos para el ganado del monasterio. Luke recorrió con el dedo la cruz de tosca madera que llevaba debajo de la camisa y recordó aquellos años: años felices, los únicos años verdaderamente felices de su vida. A menudo, en épocas recientes, se sorprendía preguntándose si habría seguido siendo feliz, o como mínimo si habría estado contento, de haberse ordenado sacerdote como pretendía su padre, en vez de rechazar la vida enclaustrada por la de soldado.

Luke ansiaba cambiar las herramientas de la guerra por las de la granja. Sin duda, ya le habrían concedido una propiedad conquistada—bien abiertamente o por matrimonio con una heredera inglesa—, igual que a casi todos los que habían luchado en Hastings, pero su habilidad con la ballesta le convertía en un elemento demasiado valioso para someter a los habitantes locales. Se decía que Guillermo tenía sus torres de asedio, sus arietes, catapultas... y a Luke de Périgueux. Sus compañeros hacía mucho que lo apodaban el Dragón Negro, en honor no sólo a su oscuro cabello de aquitano, sino a la feroz bestia que llevaba en su interior, cuya imagen adornaba su pendón de batalla.

Una leve lluvia empezó a tamborilear sobre el techo. Del altillo llegaban los susurros y crujidos de la paja. Envidiando el aturdimien-

to de Alex, Luke alcanzó el jarro de brandy y luego bebió directamente de él.

Si al menos pudiera abordar la guerra como hacía Alex. El Lobo Blanco, llamaban a Alex, un tributo al sigilo que le convertía en un espadachín tan eficaz. El enemigo nunca sabía que estaba allí hasta que sentía su acero perforándole. En otro hombre, una destreza tan letal le habría granjeado cierta envidia por parte de sus colegas, pero el amistoso joven de veinte años era el soldado más popular en Foxhyrst.

Luke mantenía en secreto a su hermano su dependencia de las potentes hierbas que ingería, por vergüenza. ¿Qué clase de cobarde era que tenía que recurrir a algo así antes de poder apuntar su ballesta contra el enemigo?

En otro tiempo había sentido con sinceridad el fuego del dragón en su pecho; iniciaba cada choque lanzando gritos de guerra, sediento de sangre. Pero su sed había acabado por enfermarlo, y ahora debía mascar aquel asqueroso preparado de hierbas antes de la batalla para reproducirlo. Si al menos no afectara a su juicio. A menudo recordaba poco de la batalla hasta semanas después, incluso meses. De hecho, no tenía un recuerdo claro de haber tomado parte en el combate aquel mismo día en el castillo de Cottwyk; tan sólo quedaban imágenes fraccionadas, como una pesadilla, y la vaga impresión de que había hecho algo especialmente imperdonable. Si no fuera por su cota de malla salpicada de sangre, podría pensar que todo había sido un sueño espantoso, medio recordado.

Las voces del atillo se volvieron beligerantes al tiempo que la lluvia se intensificaba y goteaba por un agujero en el techo de paja hasta formar un charco lodoso cerca de la cabeza de Luke. Furioso de rabia contra la fulana, el sajón y contra sí mismo, se llevó el jarro a la boca una vez más y bebió a tragos. Cada vez que movía la cabeza, los objetos giraban provocándole náuseas, de modo que intentó permanecer quieto. Se quedó mirando el fuego, bizqueando mientras intentaba distinguir una forma que se retorció y culebreaba en las llamas. Acercándose un poco más, vio que se trataba de un joven. Decía algo en inglés. Luke se esforzó y oyó las palabras «Por favor».

«¡No!» Estiró el brazo para espantar al espectro, pero éste volvió a levantarse de un salto, retorciéndose a causa del tormento de su horrible infierno, con los ojos clavados en Luke y la boca hablando en silencio... «Por favor».

Algo centelleó en el brazo de Luke, quien se esforzó por concentrarse en aquello.

—¡Jesús!

La manga de su camisa estaba en llamas. Se incorporó y palmeó el lino que se estaba quemando, pero las llamas se propagaron velozmente, consumiendo el delgado tejido y chamuscándole el brazo. Con una mueca de dolor, se ciñó la capa alrededor del cuerpo para apagar las llamas.

—Cristo. —Un repentino estremecimiento le sacudió. Se rodeó con los brazos las piernas recogidas y cerró con fuerza los ojos. «Aguanta, aguanta...»

El brandy, la falta de sueño y aquellas malditas hierbas habían unido fuerzas para empujarle a la locura aún más de lo que ya estaba hundido en ella.

—Aguanta —susurró mientras apoyaba la cabeza sobre las rodillas—. Aguanta, aguanta, aguanta...

Cuando abrió los ojos, Luke se encontró acurrucado sobre el suelo de una extraña casucha, columpiándose hacia delante y hacia atrás. Pestañeó ante el entorno horrible, poco familiar, con las llamas que crepitaban en el hoyo recubierto de arcilla y la forma oscura de un hombre colocado al otro lado del fuego, dormido.

—¿Alex? —El hombre no se movió. Luke se acercó para poder ver mejor su rostro. Era Alex.

Por encima del sonido de la fuerte lluvia llagaba desde arriba la voz de un hombre. Entonces habló una mujer, y Luke imaginó mentalmente a la fulana opulenta de rizado pelo rojo.

La puta.

El lugar empezó a resultarle más familiar. Recordó haber venido aquí. Había venido aquí buscando a una mujer, y Alex se le unió por camaradería. Pero alguien le había arrebatado la mujer y se encontraba ahora con ella arriba.

Sintió un impulso irracional de encaramarse por la escala y tomar lo que había venido a buscar aquí. Sus manos se cerraron formando puños y en su imaginación se vio golpeándolos contra la cabeza del sajón hasta que dejaba de moverse.

Se frotó los puños contra la frente y se obligó a respirar profundamente para que el aire llegara a sus pulmones. «Aguanta.»

Allí tumbado, se ajustó la capa alrededor del cuerpo. Dormir. Eso era lo que necesitaba. Superar aquello durmiendo.

Luke arrancó de la cepa el racimo de uvas pequeñas, púrpuras, imaginando el vino aterciopelado que los hermanos harían con él. Sujetan-

do la fruta sobre su boca abierta, las aplastó con la mano para poder beber su zumo. Las uvas reventaron con un gemido, derramando espesa sangre roja sobre sus dedos y dentro de su boca.

«¡No!» Se atragantó, y tosió mientras se debatía contra la capa que le aprisionaba. Otro gemido le hizo eco desde el otro lado de la casucha, y a continuación otro más, acompañados del rítmico crujir de la paja por encima de su cabeza.

La voz sin aliento de una mujer: la puta.

Su puta. No la del sajón. La suya.

Luke se puso en pie de un salto, la furia volvía a emerger abrasadora dentro de él. Atravesó la estancia de una sola zancada hasta la escala de mano y subió los peldaños de tres en tres. El sajón, apagando su sed entre las pálidas piernas de la fulana, se volvió con expresión de cólera. Luke le cogió, le apartó de ella de una sacudida y luego asestó un puñetazo contra la cara del desgraciado. El sajón gimió. Luke le golpeó una vez más, y otra y otra, hasta que se quedó inmóvil y ensangrentado en medio de la paja.

La furcia intentaba huir a gatas. Luke la agarró desde detrás, le levantó la falda con un rápido movimiento y la tomó.

Ella chilló.

Luke se despertó de forma abrupta. «¿Qué...?»

Se incorporó temblando, sudando y forcejeando contra la capa que le enclaustraba como un capullo. Junto a él, las brasas destellaban en el fuego, y al otro lado su hermano dormía profundamente. Desde el altillo llegaban los sonidos de una copulación entusiasta.

«¿Era aquello un sueño?» Le había parecido tan real...

Los temblores le atormentaban. En aquel estado en que se encontraba era una amenaza: una bestia inconsciente, capaz de cualquier cosa. Debía abandonar aquel lugar. En ese mismo instante.

Poniéndose en pie con torpeza, rodeó el fuego y se arrodilló junto a su hermano.

—Alex. —Luke cogió por el hombro a su hermano que dormía y le sacudió—. Alex, despierta. —Le dio un cachete en la cara—. Vamos, Alex. Larguémonos de aquí. Vámonos.

La respiración de Alex prácticamente ni se alteró. No se despertaría hasta que se encontrara bien y estuviera listo. ¿Qué iba a hacer Luke? No podía dejar a Alex ahí a solas, era peligroso. ¿Un soldado normando dormido y solo en un burdel inglés con un lunático sajón arriba que odiaba a todos los de su raza? No, Luke no podía marcharse sin más, por mucho que le apeteciera.

Regresó a su sitio al otro lado del fuego que se consumía y se llevó el jarro de brandy a la boca una vez más. Bebería hasta quedarse insensible, eso iba a hacer. Bebería hasta sumirse en un sopor profundo e inofensivo.

El estruendo de un rayo despertó con un susto a Luke. Alzó la cabeza y miró a su alrededor, desorientado al encontrarse tumbado boca abajo sobre la paja. Lo último que recordaba era que estaba sobre la tierra apretada junto al fuego.

Intentó levantarse pero se dio en la cabeza con algo duro —una viga del techo— y volvió a hundirse de nuevo en la paja. «Cristo, ¿dónde estoy? ¿Qué está sucediendo?»

Otra descarga de truenos le hizo encogerse. Los relámpagos parpadeaban a través de la pequeña ventana, iluminando brevemente el espacio destartado entre un suelo cubierto de heno y un techo de paja. Sintió un estremecimiento de espanto.

Retrocedió a gatas hacia la escalera de mano pero sus pies encontraron algo pesado y resistente. Se volvió mientras el resplandor de otro relámpago revelaba la obstrucción: el sajón, de espaldas sobre la paja, con los ojos medio abiertos y la sangre formando un hilillo desde su boca desencajada.

«No.» Luke le sacudió; estaba inerte por completo. Su pecho no se movía, ninguna respiración salía de su boca.

«Dios, no.» Luke se sintió de repente demasiado sobrio. «No.»

Desde el exterior, un grito angustiado le llevó hasta la pequeña ventana. Un trueno retumbó mientras el cielo se encendía. Vio a la fulana alejarse corriendo bajo la lluvia con las faldas recogidas, las blancas piernas relucientes, la bata desatada por la parte posterior.

Antes de que la vacilante luz se desvaneciera, vio también otra cosa: sangre en su mano. Flexionó los dedos; los nudillos le escocían.

Luke cerró los ojos y recordó su puño en el momento de impactar sobre el rostro del sajón con una fuerza salvaje. Esta vez no era simplemente una imaginación caprichosa, sino un recuerdo real y vívido: el recuerdo de algo que acababa de hacer momentos antes. Había separado al sajón de la fulana y le había golpeado con toda su fuerza, matándolo de un solo golpe en la cabeza.

Intentó recordar algo más, pero sólo había un rojo borrón, igual que las secuelas de una batalla.

«¿Qué he hecho?»

—¿Luke?

«¡Alex!» Ni siquiera él podía dormir en medio de esta tormenta tan violenta. Luke pasó a gatas por encima del cuerpo del sajón y se asomó a la habitación principal de la vivienda. Su hermano estaba de pie junto a la mesa, intentando encender el quinqué, con la túnica arrugada y su corto pelo completamente revuelto.

—¡Trae esa luz aquí arriba! —gritó Luke—. ¡Deprisa!

Alex se unió a él en el altillo, doblándose casi por la mitad mientras sostenía el quinqué sobre el sajón muerto.

—¿Y este quién es?

—Llegó después de que te quedaras dormido.

Alex empujó ligeramente el cuerpo con la punta de la bota.

—¿Olía también así cuando estaba vivo?

Luke se frotó la frente con los nudillos escocidos.

—¿Qué sucedió? —Alex preguntó con tono de leve curiosidad.

—Le maté.

Alex bostezó mientras se ponía en cuclillas.

—¿Y por qué has hecho eso?

—No... no recuerdo gran cosa.

Alex le sonrió con malicia.

—No es raro, considerando ese jarro vacío de brandy volcado.

—¿Cómo puedes encontrar esto divertido? —preguntó Luke—. He matado a este hombre. No es como quitar la vida a alguien en el campo de batalla. Esto es desmedido.

Su hermano se encogió de hombros.

—Habrás tenido algún motivo.

—Sí. ¡Le asesiné a causa de esa mujer! Quité la vida a un hombre por una puta de dos peniques.

Alex movió la mano descartando la idea.

—No, quiero decir que debes detener una buena razón, aunque estés demasiado borracho para recordarlo.

—Creo que estoy loco —respondió Luke con aspereza—. ¿Es suficiente ese motivo?

—Estás borracho, pero no estás loco. —Alex miró a su alrededor—. ¿Dónde está la furcia?

Luke indicó con un movimiento de cabeza la pequeña ventana.

—La he visto huir corriendo.

—¿En medio de esta tormenta?

—Parecía alterada.

Alex frunció el ceño y sostuvo el quinqué en la dirección de su hermano.

—¿Qué te ha pasado en el brazo?

Luke bajó la vista y descubrió que la manga derecha de su camisa le colgaba hecha jirones, con los extremos chamuscados. Tenía el antebrazo enrojecido, con ampollas y las puntas del vello quemadas.

—No sé. Me habré quemado.

Se puso de pie y soltó una maldición cuando su cabeza se dio contra el techo.

Alex soltó una risita.

—Creo que eres más una amenaza para ti mismo que para cualquier otra persona.

—Este hombre muerto tal vez no esté de acuerdo contigo. —Luke pasó por encima del cuerpo del sajón e inició el descenso por la escalera—. Voy a buscarla.

Alex le siguió escaleras abajo.

—¿Por qué tomarte esa molestia?

—Estaba aquí. Lo vio todo. Puede explicarme qué es lo que sucedió. Tengo que enterarme.

Alex suspiró.

—Supongo que te tranquilizará la mente. De cualquier modo, deberíamos esperar al amanecer. Y tal vez para entonces la tormenta haya amainado.

—Sí, y tal vez para entonces ella se encuentre a millas de distancia.

—Va a pie —le recordó Alex—. No irá muy lejos.

No se había ido muy lejos pero les llevó bastante rato encontrarla en el oscuro camino que había seguido. La avistaron más o menos a media mañana, tumbada boca arriba en lo alto de la colina, inmóvil bajo la fría y gris llovizna.

—Virgen Santa —murmuró Luke mientras cabalgaban hacia ella.

Incluso el normalmente implacable Alex palideció cuando se encontraron lo bastante cerca para poder verla bien.

—¿Qué supones que...?

—Un rayo. —Luke descendió sigilosamente del caballo y se arrodilló para cerrar los ojos de la mujer y murmurar una oración por sus restos quemados.

Alex también desmontó pero se alejó unos pocos metros en otra dirección para vomitar al lado del camino.

—Vámonos —dijo en voz alta cuando volvió a montar su caballo.

—No podemos dejarla aquí sin más —replicó Luke.

—Alguien la encontrará.

—¡No! —Luke se puso en pie—. Es mi deber. No voy a largarme como si nada...

—¡Shhh! —Alex se quedó quieto y Luke siguió su ejemplo, pues sabía lo agudo que era el oído de su hermano.

—Hombres. —Alex indicó el camino de tierra—. En aquella dirección. A pie, de modo que no es probable que sean ingleses. Sugiero que continuemos esta conversación en un lugar más privado.

Luke montó de mala gana y los hermanos se ocultaron en un soto cercano al tiempo que un grupo de formas oscuras se materializaba bajo la lluvia. Cuando los hombres se acercaron más, Luke pudo ver que uno de ellos llevaba una mula que arrastraba el cuerpo del sajón echado sobre una camilla. Se situaron en torno al cadáver de Helig con expresión de rabia y horror. Uno empezó a sollozar cubriéndose el rostro con las manos. Un tipo fornido se puso en cuclillas e inspeccionó el cuerpo con curiosidad manifiesta, tratando de mover con un bastón los pies socarrados y observando de cerca el extraño dibujo con forma de helecho de las quemaduras que cubrían rostro y brazos. Dos hombres se refugiaron entre los arbustos tapándose la boca con las manos.

El hombre fornido se quedó y retiró un objeto pequeño y brillante de su túnica. Luke aguzó la vista para distinguir de qué se trataba y gruñó al reconocerlo.

—Alex —exclamó en un susurro—, es tu...

—¡Maldición! —Alex estrechó el cuello de su capa abierta, donde debería encontrarse el prendedor.

Luke sacudió la cabeza con abatimiento mientras los ingleses se pasaban el alfiler de la capa de Alex uno a otro, examinando la pequeña cabeza de lobo con perlas incrustadas, volviéndola y mostrando su desconcierto ante la inscripción en franco. Varios de ellos alzaron sus picos, horcas y guadañas al aire. Por el intercambio indignado, estaba claro que tenían intención de encontrar y castigar al hijo de perra normando que había asesinado a uno de sus hermanos a causa de una furlana.

Sujetaron el cuerpo de Helig sobre la grupa de la mula y volvieron por el mismo camino por donde habían aparecido, esgrimiendo sus armas.

—No es probable que relacionen conmigo el prendedor —dijo Alex—. Sólo nuestros hombres me conocen como el Lobo Blanco. De todos modos, creo que es hora de que pongamos cierta distancia entre nosotros y Cottwyk, ¿estás de acuerdo?

Agitó las riendas, pero Luke las sujetó para detener su avance.

—Voy a rendirme a Alberic.

—¿Qué?

—Ahora, él es el alguacil. Se ocupará de que me juzguen en la corte del rey por...

—¿Estás loco? —exclamó Alex.

—Es muy posible que sí —respondió Luke quedamente.

—¿Tienes alguna idea de lo que te harán estos salvajes sajones si admites que has matado a uno de los suyos?

—Estaré bajo custodia de los normandos.

—Llegarán hasta ti de alguna manera. ¿Por qué tentar a la suerte si podemos alejarnos sin que nadie se entere? —Alex apoyó una mano en el hombro de su hermano con rostro más grave de lo que Luke había visto antes en él—. No puedo permitir que hagas esto. Estás agotado y además tienes la cabeza repleta de brandy. No piensas con claridad.

—¿Y qué podría pasar si descubren que el prendedor es tuyo? No puedo permitir que te veas implicado en un crimen que no has cometido.

—Y yo no puedo dejar que te expongas a peligros por mi causa.

—No sé lo que quieres...

—Siempre estás preocupándote por mí —dijo Alex—. Incluso en la batalla. Te he visto vigilándome de cerca. Y cuando algo va mal, siempre estás allí. Me has salvado la vida en más de una ocasión, exponiendo la tuya propia. Te lo debo.

—No me debes nada. Y no podrás impedir que me entregue.

Alex puso una mueca de suficiencia.

—Si lo haces, les diré que mientes para protegerme. Diré que lo hice. Me creerán a mí, también. Tienen la evidencia ahí, en sus manos: ese prendedor.

—Sólo tendré que decirles que tú mientes para protegerme a mí —fue la respuesta de Luke.

Alex se encogió de hombros.

—Entonces lo más probable es que nos cuelguen a los dos. Sería una medida mucho mejor regresar sencillamente a Foxhyrst y fingir que no ha sucedido nada.

Luke se frotó los ojos mientras consideraba la trampa en la que habían caído. Alex continuó en silencio todo lo que pudo antes de decir:

—¿Y bien? ¿Podemos marcharnos de aquí?

Luke asintió lentamente y los hermanos se pusieron en marcha a través de la espesura, alejándose de Cottwyk.

—De todos modos, no voy a regresar a Foxhyrst.

Alex se quedó mirándole:

—No irás a...

—Hay un monasterio en St. Albans. Voy a ir allí.